

La obra ha podido ser menos voluminosa, con una selección de textos más atinada con referencia a las diversas partes de la liturgia y a sus elementos eucológicos: Plegarias Eucarísticas, Prefacios, Oraciones colectas, sobre la ofrenda, para después de la comunión, himnos, antífonas, responsorios, etc., etc. De esta forma esta voluminosa obra se hubiera reducido al tamaño de los enquiridios que conocemos: *Enchiridion Symbolorum* de H. Denzinger, *Enchiridion Patristicum* de P. Rouët de Journal, etcétera, que es lo que apuntó el P. B. Botte en el prólogo para justificar la aparición de esta obra. De este modo el autor hubiera hecho un gran servicio a los alumnos, con una edición manual de los textos litúrgicos más importantes, y dejado lo demás para especialistas y profesores que, normalmente tienen acceso a las fuentes litúrgicas auténticas. Nos atrevemos a sugerir al autor a que realice esa obra más manual al estilo de los enquiridios antes indicados.

Esto no obstante, alabamos mucho la pericia del autor en el conocimiento de las diversas fuentes litúrgicas y patristicas, aunque no siempre se puede estar de acuerdo con él en la indicación de las fechas que presenta en determinados textos. Merece también elogio la bibliografía que presenta. Pienso que es exhaustiva hasta la fecha de la elaboración de esta obra.

MANUEL GARRIDO-BONAÑO

Inos BIFFI, *Liturgia. I: Riflessioni teologiche e pastorali*, Roma, Ed. Pietro Marietti (col. «Liturgia: preghiera cristiana e vita»), 1982, 144 pp., 13 × 21.

Son de gran importancia las reflexiones teológicas y pastorales que Inos Biffi hace en esta obra, dividida en ocho capítulos: Liturgia y misterio cristiano; Liturgia experiencia de la fe; Liturgia y lo sagrado; Pastoral y piedad litúrgicas; El lenguaje litúrgico; Liturgia y valores humanos; La reforma litúrgica y sus frutos. El último capítulo, a modo de conclusión, es una síntesis sobre liturgia y espiritualidad. Esta obra es el compendio de múltiples artículos aparecidos en la prensa italiana y en algunas revistas, que se han retocado para que tengan una unidad e ilación de unos con otros.

Es básica la afirmación del autor sobre el carácter esencial de la celebración litúrgica para la vida de la Iglesia. El principio rector de toda la obra es la frase ambrosiana de que entramos en comunión con Cristo a través de sus misterios. San León Magno dirá más tarde algo parecido al afirmar que lo que era visible a nuestro Redentor ha pasado a los misterios. Esta doctrina patristica ha fundamentado la elaboración de una exposición teológica de la celebración litúrgica, elevándola a su rango adecuado en la vida de la Iglesia. Cristo es el misterio personal, porque El revela de verdad, en la carne, la divinidad invisible. Los actos de su

anonadamiento, ante todo su sacrificio de muerte en la Cruz, son misterios, porque Dios se revela a través de ellos en una forma que aventaja a todos los módulos humanos. Sobre todo, son misterios su Resurrección y su Ascensión, por revelarse la gloria divina en Jesucristo y, en realidad, en un modo oculto al mundo y patente al fiel cristiano en el que actúa la fe. Este *Mysterium Christi* fue el que los Apóstoles anunciaron a la Iglesia, y la Iglesia lo prolongó y proclamó en todas las generaciones.

Mas como el plan de la salvación no sólo es la doctrina, sino, en primer plano, la acción redentora de Cristo, la Iglesia conduce a la humanidad hacia la salvación no sólo por la palabra, sino por las acciones sagradas. Por la fe y los «misterios del culto» vive Cristo en la Iglesia. Desde que Cristo dejó de estar visiblemente entre nosotros, «lo visible del Señor ha pasado a los misterios del culto». Por eso no es extraño que San Ambrosio dijera que en esos «misterios» encuentra a Cristo y lo siente. Por eso tampoco es extraño que la celebración litúrgica sea parte esencial en la vida de la Iglesia. El concilio Vaticano II tiene un párrafo muy expresivo cuando afirma que Cristo no sólo envió a los Apóstoles a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y su Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre; «sino también a *realizar* la obra de salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica» (SC, 6).

El autor de esta magnífica obra piensa con razón que son necesarias para el cumplimiento de la Iglesia y para su expresión otras muchas cosas, pero ninguna como la de «sentir» al mismo Cristo en sus misterios. Es impresionante y muy actual su afirmación de que en la Iglesia no sirve, o sirve muy poco, el experto o el profesional que sobrevenga de lo exterior, pues el teólogo no debe ser un especialista de la fe que pueda dispensarse de la vida eclesial y deje a los «simples» y a los «ignorantes» la experiencia mística de la celebración litúrgica, como si se tratara de un nivel precientífico, todavía no iluminado. Cuando existen tales «teologías» y tales «teólogos» la Iglesia puede ignorarlos tranquilamente, pues no le sirven para su misión evangelizadora y santificadora. Más aún, son un serio obstáculo, como se ha podido comprobar. El ejemplo que han dado los fieles en las diversas celebraciones litúrgicas del Papa Juan Pablo II en España es un exponente expresivo de esto. Durante años han dejado decir a ciertos «teólogos» los desaciertos de su propia cosecha, desconectados de la doctrina de la Iglesia y de su celebración litúrgica auténtica. Vino el Papa y han vibrado al unísono con sus celebraciones y han subrayado entusiásticamente la doctrina que tan adecuadamente impartió a todos.

En la celebración litúrgica la Iglesia toca su propio origen, se reconoce en su propia naturaleza y recibe la fuerza para su vida. De aquí la estrecha unión entre liturgia y teología, en cuanto que ésta es, a la vez, acogida e inteligencia de la Palabra de Dios o del misterio cristiano en la fe. La liturgia y la teología se implican mutuamente, en cuanto que en la liturgia se manifiesta, en forma ritual, cultural y sacramental el misterio cristiano que la teología propone y explica. El autor dedica todo el capítulo segundo a la liturgia como experiencia de la fe. La relación entre la fe y la li-

turgia cristiana es uno de los temas que hay que examinar y profundizar continuamente, tanto por la importancia del tema en sí mismo como por las circunstancias en que a veces se ve envuelto, motivadas por una crisis de fe, o por una ambigüedad en la exposición de la doctrina cristiana. El tema es antiguo como lo muestra la fórmula *lex credendi, lex orandi* o viceversa: *lex orandi, lex credendi*, originada en la polémica antipelagiana.

Pío XII determinó con mayor precisión ese axioma en la encíclica *Mediator Dei*. En realidad su sentido es el siguiente: la liturgia presupone siempre y expresa una cierta enseñanza y una cierta creencia en sentido lato; pero, en muchos casos, además, presupone y sigue lógicamente la fe divina y católica (en sentido estricto) ya explícita, es decir, presupone y sigue la proposición y la aceptación de los dogmas; en otros casos, la liturgia expresa la fe divina y católica, ya explícita, la hace vivir y la corrobora en los creyentes; en otros casos, finalmente, la liturgia precede a la explicitación de la fe divina y católica, es decir, a la proposición y aceptación de los dogmas, y es un poderoso factor eclesial de esa explicitación.

Conviene, pues, tratar a la liturgia como se debe, con toda su realidad sacra, con todo su sentido jerárquico y con absoluto respeto a los ritos y fórmulas establecidos por la competente jerarquía de la Iglesia, so pena de caer en derivaciones doctrinales y culturales aberrantes. La crisis de fe y la crisis de liturgia se implican mutuamente. Precisamente el autor señala lo funesto de una «novedad arbitraria y pastoral inquieta» en orden a la liturgia y a la fe, como derivados de una falta de consciente y profunda teología litúrgica. Se trata de una pérdida del sentido auténtico del misterio, de que tratamos al comienzo de esta reseña, y que sólo por la fe bien robusta puede ser acogido. Sólo una celebración litúrgica con su dimensión sacral bien entendida, que se traduce continuamente en una vida, en un comportamiento cristiano con todas sus consecuencias, que entiende el lenguaje en que se expresa, transmisor de las realidades sobrenaturales, que promueven valores verdaderamente humanos; sólo esa liturgia puede conducirnos a una experiencia cristiana del misterio de Cristo. Todo el designio divino consiste en la experiencia de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, de quien nos viene el don del Espíritu Santo, que a El introduce. La creatividad, si está fuera de los cauces establecidos por la Iglesia, es sólo la implantación de una forma egoísta y personal del propio criterio sobre el criterio de la misma Iglesia. Con razón dice el autor que la creatividad es radicalmente una prerrogativa divina y que accedemos a la liturgia para recibir el fruto de la divina creatividad que es Jesucristo y el don del Espíritu. Por lo mismo, el éxito verdadero de la creatividad es la realidad nueva y sorprendente que es la Iglesia, que somos nosotros en cuanto estamos incorporados al Cuerpo místico de Cristo y vivificados por el don del Espíritu. Las normas litúrgicas dan amplio margen para la adaptación de ciertas celebraciones. A ello debemos atenernos. Cuando participamos con fe en la liturgia toda la celebración se «recrea» y aparece «nueva». Esto es algo de lo mucho y bueno que nos ofrece este libro de Inos Biffi.